

Una etnología de Argelia: primera incursión sociológica de Pierre Bourdieu

Pedro Quintín Quílez¹

Además de servir para satisfacer la curiosidad por conocer el primer libro publicado por Pierre Bourdieu, leer hoy su *Sociologie de l'Algérie*² permite sobre todo observar, en perspectiva, el despliegue inicial, embrionario, de algunos puntos principales de su obra. Aparecido en 1958 dentro de la afamada y popular colección enciclopédica francesa 'Que sais je?' –que publica libros temáticos escritos por especialistas–, es éste un pequeño libro de 128 páginas en el que se condensa un panorama general de la sociedad argelina anterior a la independencia de Francia en 1962. Probablemente un libro de encargo, ello no impide a un joven Bourdieu poner en marcha su capacidad analítica y ofrecer una mirada perspicaz de una sociedad que está atrapada en rápidas y profundas transformaciones y que, desde 1954, se encuentra inmersa en una sangrienta guerra.

Hay que advertir de entrada que el título puede llamar a engaño al lector poco avisado, pues esta *sociología* está más cerca de un formato propio de la *etnología* que de modelos sociológicos más convencionales: Bourdieu se ocupa en hacernos conocer los sistemas de parentesco, los rituales, las formas de supervivencia económica, los sistemas religiosos o las estructuras sociales básicas antes que en ofrecer datos agregados, cuadros y tablas estadísticas sobre Argelia. En esto –al igual que en otros muchos aspectos del libro, como el interés por los sistemas de alianza o por los intercambios recíprocos, así como por el uso del método relacional– se nota la influencia de Claude Lévi-Strauss, quien distinguía entre la *etnografía*, que describe sociedades particulares, y la *antropología*, que pretende establecer los aspectos más universales de las sociedades humanas; entre ellas colocaba a la *etnología*, encargada de hacer comparaciones entre sociedades más o menos cercanas geográfica, histórica y culturalmente con el fin de trascender progresivamente las particularidades locales en la búsqueda de aquellos principios universales.

Es con esa perspectiva que la primera parte del libro describe progresivamente los cuatro componentes básicos de la sociedad argelina: por un lado, los grupos

¹ Antropólogo, profesor del Departamento de Ciencias Sociales y miembro del Grupo de Investigaciones sobre Migración, Urbanización e Identidades de las Poblaciones Afrocolombianas de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle.

² Pierre Bourdieu, *Sociologie de l'Algérie*, Presses Universitaires de France (colección 'Que sais-je?'), París, 2001, 8ª edición [1ª edición, 1958].

cabileños (capítulo 1), los chaouiás (capítulo 2) y los mozabitos (capítulo 3) que conforman la población beréber; por otro, los grupos de influencia árabe (capítulo 4). En cada uno de esos apartados se hacen tanto descripciones de carácter general (geográficas y sociodemográficas), como muy detalladas aproximaciones a la vida familiar, económica, religiosa y política.

Sin embargo, no se trata tan sólo de descripciones: al tiempo que establece, por comparación, los paralelos, las diferencias y las interacciones entre esos distintos grupos, Bourdieu se detiene para reflexionar pausadamente en algunas instituciones o fenómenos particulares: por ejemplo, en el papel del matrimonio y de la dote en la reproducción de los grupos domésticos cabileños; en las fuertes asociaciones informales que se establecen entre las mujeres –en un mundo de predominio social de los hombres– o las formas de constitución de fracciones entre los chaouiás; en la combinación entre el rigor religioso y la dedicación al comercio capitalista de los mozabitos; o, en el caso de los grupos de influencia árabe, en su heterogénea composición histórica y cultural y en los procesos de sedentarización y privatización de tierras que hacen surgir rígidos sistemas de patronazgo a partir de organizaciones tribales. En cada uno de esos casos, Bourdieu evalúa las interpretaciones hechas por otros investigadores y ofrece la suya, siempre sustentada. Se trata, por cierto, de interpretaciones en las que resuenan los ecos de autores clásicos como Max Weber y Émile Durkheim; por ejemplo, entre los cabileños reconoce el tipo de relaciones sociales que también inspiraron a éste último a la hora de pensar en la solidaridad mecánica. De esta manera, nuestro autor se distanciaba, como reconocerá más tarde, de esa «sociología empírica sin inspiración teórica» que le parecía dominante en los años cincuenta.

Una vez dibujados y perfilados los fragmentos que componen el mapa argelino, Bourdieu establece las características comunes, el trasfondo histórico y la articulación entre todos los grupos (capítulo 5). Ante la tendencia a interpretar el norte de África como resultado exclusivo de largos procesos de arabización e islamización, él plantea que en Argelia se encuentra una «civilización original» surgida precisamente del contacto y la confrontación entre esos diferentes grupos: cada uno de ellos da un tono particular a ese fondo común, constituyéndose así la sociedad argelina en una especie de caleidoscopio. Es más, el cada vez mayor rechazo a la colonización francesa contribuye a diluir muchas de las diferencias existentes entre ellos, de tal forma que el avance general del tradicionalismo, que coloca el ideal de sociedad en el pasado, ralentizando el tiempo, es tanto fidelidad consigo mismos como oposición al colonizador. El refuerzo de la enseñanza de la tradición oral, el papel clave otorgado a las mujeres en la socialización de los nuevos individuos en los modos y formas que vienen del pasado, especialmente en los aspectos religiosos, y el gran peso de la opinión pública y de la colectividad sobre los individuos, llevan a la permanencia y al refuerzo de las estructuras sociales previas. A ello hay que sumar que la supervivencia en un medio ambiente tan árido y con una gran «indigencia tecnológica» es sólo posible gracias a la existencia

de una fuerte cohesión social y al establecimiento de relaciones directas y personales de colaboración e intercambio (por ejemplo, mediante instituciones como la *fellah*, sistema de crédito sin intereses basado en la confianza y en el honor del nombre de la familia). Por otro lado, este particular *ethos* económico basado en el honor tiene una «afinidad estructural» con el Islam –que, enfatiza, permite los sistemas políticos y económicos más dispares–. El Islam se constituye así en la «lengua» por excelencia a partir de la que se expresan, formalizan y simbolizan las relaciones sociales. Se trata de un Islam histórico que formula lo que es de por sí implícito y vivido, enfatizando el apego a las costumbres en los comportamientos externos y visibles. Y esto es algo que, de nuevo, se habría acrecentado con la colonización al dar lugar a una «religiosidad de masas» plagada de los automatismos de la costumbre y de las ilusiones de la superstición, que se propaga con facilidad por los barrios más pobres de las ciudades, llenos de inmigrantes rurales y con altas tasas de desempleo.

El sexto y último capítulo, titulado ‘La alienación’, presenta las dinámicas de desestructuración y reestructuración causadas por la colonización francesa al imponer su lógica y sus necesidades sobre las de la población argelina. Por ejemplo, las leyes de titulación y privatización de tierras, implementadas desde el siglo XIX, hacen que la mejor tierra se concentre en manos de los *pieds-noirs*, los colonos franceses. Asociado con ello, el país se ha partido espacialmente en dos: por un lado, las ricas costas y planicies norteñas que pasan a manos de los europeos; por el otro, el desierto y las montañas del sur, mucho más pobres y marginales, que permanecen en manos de los argelinos, quienes se ven obligados a emigrar a las ciudades y a malvender su fuerza de trabajo. Los antiguos sistemas de organización y protección (familia, clan, fracción, tribu) van desapareciendo, aunque con ritmos diferentes según las regiones. El colonizado termina siendo visto como un extraño en su propia tierra, cuando no como miembro de una casta inferior, inasimilable para la sociedad argelina afrancesada. Sin embargo, observa Bourdieu, esta lógica desata también dinámicas nuevas: los argelinos, marginados y en una situación de «frustración crónica», cambian sus modelos de aspiración y, en consecuencia, terminan por reconocer la desigualdad en que viven.

Se perfila así una nueva estructura de las relaciones de clase: por un lado, un subproletariado en condiciones precarias viviendo en la marginalidad de las ciudades que, junto a un escaso proletariado algo mejor situado pero lleno de aspiraciones, auspicia el proyecto revolucionario; por otro, una pequeña burguesía compuesta de semiproletarios (artesanos y proletarios tradicionales) junto a funcionarios y empleados públicos; por último, una burguesía, compuesta por burócratas del Estado con poder político, que lidera un movimiento nacionalista de corte populista.

Bourdieu reiteró siempre la necesidad de evitar caer en la «ilusión retrospectiva», es decir, en el intento de explicar el pasado a partir de lo sucedido después. Pero aunque es evidente que ciertos temas, enfoques y planteamientos están ausentes

en esta primera obra (por poner sólo un ejemplo, la demanda de reflexión constante sobre el investigador y su relación con el objeto), también lo es que otros ya aparecen, así sea apenas apuntados y aún sin desarrollar.

Quizás el más destacable sea la diferenciación entre las prácticas y los discursos que sobre ellas se hacen, uno de los elementos que lo llevarían posteriormente a separarse del estructuralismo. Bourdieu muestra repetidamente, a partir de datos empíricos, que aunque los diferentes grupos enuncian prescripciones, reglas y normas, en la práctica ellas son a menudo ignoradas o sorteadas hábilmente. Así, por ejemplo, mientras que todos los grupos enfatizan el papel secundario de las mujeres y su falta de derechos, entre los chaoui ellas juegan un papel importante, pudiendo participar en la práctica en la elección de esposo –algo imposible para las mujeres cabileñas–, solicitar el divorcio, controlar personalmente su dote, heredar tierras, e, incluso, participar en actividades políticas. Otro ejemplo es el uso estratégico de la genealogía entre los grupos de influencia árabe: mediante la construcción imaginaria de vínculos de filiación masculina con un ancestro común se establecen alianzas y asociaciones más allá del principio de consanguinidad –arquetipo de todo lazo social– que, en teoría, las regula. Mientras aquí estos elementos apenas son descritos empíricamente, ellos estarán en la base –una vez combinados intuitivamente con datos recogidos posteriormente entre los campesinos del Bearn francés, su tierra natal–, de las reflexiones más sistemáticas que lo llevarán posteriormente a textos de la talla de *El sentido práctico* (1980): las situaciones de derecho y las de hecho no van siempre en la misma dirección ni se explican de la misma forma, por lo que para el científico social no basta con dar cuenta sólo de las primeras; además, ello obliga a tener en cuenta cierta dimensión irreductible de la existencia social, que no puede resumirse en ningún caso en los modelos teóricos que de ella dan los actores sociales o los investigadores ingenuos.

La forma de encarar el estudio de los sistemas económicos es otro de esos elementos que tendrán continuidad en su obra. Aunque el texto parece tomar inicialmente el camino de la etnología clásica, al arrancar con una somera descripción del contexto ecológico y las técnicas productivas, pronto deriva hacia precisas descripciones de las formas de organización que permiten una explotación suficiente de los recursos para garantizar la vida social: se nos muestra cómo las unidades del parentesco se articulan específicamente en cada uno de los grupos sociales, pues están ubicados en medio ambientes distintos, tienen estructuras políticas particulares y diferentes formas religiosas. Las actividades «económicas» se van tiñendo así con los colores de las relaciones familiares, morales, políticas y religiosas; de esta manera, aspectos que aparentemente nada tendrían que ver con la economía –como el honor o el nombre familiar, formas de lo que después llamará «capital simbólico»– ocupan un lugar clave en las estrategias económicas. Pero no contento con ello, Bourdieu pasa a mostrar cómo esas formas de producción, distribución y consumo se van articulando –mal que bien– con aquellas que acompañan la expansión de la economía capitalista. Con ello, muestra que la «razón

económica» propugnada por los economistas neo-clásicos y formalistas, sólo puede darse bajo muy determinadas «condiciones de posibilidad».

Quizás el mejor ejemplo de lo anterior lo constituye el capítulo dedicado a los mozabitos. Marginados a la zona más inhóspita del desierto, donde a costa de ingentes esfuerzos mantienen oasis con verdes (pero improductivos) jardines, los mozabitos, miembros de una secta musulmana caracterizada por una fuerte severidad igualitaria, sobreviven gracias a la emigración (1/3 de los hombres viven por fuera) y al comercio. En sus cinco ciudades principales, dirigidas por una especie de teocracia local, coexisten, aunque formalmente separadas, la mezquita y la plaza de mercado. En lo que constituye un estilo de vida original dentro del norte de África, por años los mozabitos han incursionado exitosamente en el comercio sin por ello abandonar sus creencias religiosas. Bourdieu no puede evitar la tentación de asociarlos a aquellos puritanos y a su papel en el desarrollo del capitalismo de que ya hablara Weber: su doctrina voluntarista, basada en la ascesis y la disciplina, junto al exclusivismo que acompaña a un fuerte sentimiento de excelencia y superioridad de sus cualidades morales –que les llevan a evitar los gastos superfluos y la ostentación– recuerdan sin duda a los puritanos de la Europa moderna. Por un lado, como estos, son letrados (pues se obligan a saber y entender lo que rezan) y están así bien preparados para el comercio. Por otro, sus cada vez peores condiciones de vida como minoría marginal dentro de la sociedad argelina, los obliga a una fuerte cohesión que encuentra su mejor base en la fe común. De tal forma que, en este caso, la modernización y la religión van de la mano, apoyándose entre sí: el cambio sirve precisamente para mantener el carácter de lo inalterable.

Con el mismo espíritu trata Bourdieu de explorar otros procesos que, como las relaciones entre colonia y metrópoli, eran interpretados en esos años desde la perspectiva de dicotomías irreductibles entre dos mundos en contradicción (como en los textos de Franz Fanon) o como encarnaciones de dos tipos opuestos destinados a diluirse el uno en beneficio del otro (por ejemplo en las teorías de la modernización en que la tradición debía dar paso a la modernidad). Él reconoce que Argelia ha sido puesta en cuestión radical a causa de la colonización, pero, junto a la existencia de tasas desiguales de intercambio y de formas de dominación políticas, se observa que la sociedad argelina pone límites a los cambios y los procesa a partir de las condiciones locales. De tal forma que la estructura de clases es sólo comprensible si se tiene en cuenta la forma en que todos esos procesos se articulan. Sin embargo, nos recuerda Bourdieu, nunca las poblaciones argelinas formaron bloques cerrados, sino que han estado atravesadas por múltiples contactos externos y por profundas tensiones y transformaciones internas. Como acabamos de ver, el refuerzo de la tradición religiosa de los mozabitos corre paralela a la modernización de su economía; de manera similar, las tensiones entre las poblaciones sedentarias y nómadas de los grupos de influencia árabe no son sino la otra cara de una imprescindible simbiosis entre formas de vida complementarias.

De una forma más general, y siguiendo en esto a Ferdinand de Saussure y a Lévi-Strauss, Bourdieu plantea la existencia de formas sociales que tienen en su seno complejas dinámicas de fusión y de fisión, asimilación y disgregación, que son precisamente las que permiten la existencia de momentos de equilibrio. En el caso argelino, incluso se recurre en ocasiones a puras dicotomías formales (*saff-s*): por ejemplo, a sistemas de mitades en los poblados beréber (que opone a «los de arriba» y a «los de abajo») o, entre los grupos árabes, a sistemas rituales de competencia entre linajes a partir de meras antítesis onomásticas. Aunque nuevos datos han mostrado que incluso esas tan discretas unidades básicas que él presenta –como la distinción entre grupos beréberes y árabes– fueron resultado de la política colonial francesa (cf. Paul A. Silverstein: ‘The Kabyle myth: colonization and the production of ethnicity’, 2002), lo cierto es que su entrada facilita una aproximación capaz de tomar en cuenta las interacciones y dobles vías que entraña cualquier proceso histórico de contacto entre sociedades.

En ocasiones se ha criticado que, en este primer texto, Bourdieu no hiciera mayores referencias a la guerra de independencia que, en menos de diez años, produjo más de 150.000 muertos. Es cierto que en este libro apenas se encuentran un par de breves frases al respecto, pero hay que señalar que esta su primera *sociología* no busca ofrecer información coyuntural o reseñar eventos particulares: ubicado dentro del modelo estructural –que él habrá de replantear a inicios de los años setenta–, quiere mostrar las estructuras sociales y culturales que subyacen al devenir de estas poblaciones. Pero no hay que olvidar que fue su experiencia directa de ese conflicto –Bourdieu llegó inicialmente a Argelia como soldado de reemplazo en 1955, un año después de finalizar sus estudios en la Escuela Normal Superior de París– la que lo llevó a interesarse por las ciencias sociales y a abandonar la filosofía: tras aprender árabe y beréber, y hasta verse forzado a volver a Francia en 1960, Bourdieu permaneció en Argelia enseñando en la Universidad de Argel y recogiendo los materiales que usaría en textos posteriores, como *Travail et travailleurs en Algérie* [1963], sobre la salarización y formación del proletariado urbano, o *Le Déracinement* [1964; en coautoría con Abdelmalek Sayad], sobre la destrucción de la agricultura y de la sociedad argelina.

En 1961, en la introducción a la tercera edición, y poco antes de aparecer en inglés [1962], su autor se preguntaba por el sentido que tenía publicar de nuevo un texto que ya entonces, tres años después de su primera edición, podía estar desactualizado dado el mayor conocimiento sobre Argelia allegado en aquellos años, así como por los inmensos cambios acaecidos en esos años previos a la Independencia. Sin embargo, argumentaba, le parecía un mérito del libro el análisis que allí se planteaba de las relaciones de clase de la sociedad argelina en lo que ellas tenían de específico y durable. Cuarenta y cinco años después, nuestra comprensión de lo que sucede en el norte de Africa, en particular, y en el mundo de influencia árabe y musulmana, en general, se vería enriquecida de tener presentes obras como esta. Sin duda que ha llovido mucho desde entonces –aunque quizás

algo menos en el desierto sahariano que bordea el sur argelino–, y que nuevas fuerzas externas e internas habrán forzado cambios y mutaciones en esa sociedad, pero el marco comparativo y las explicaciones sobre las formas en que el cambio y la continuidad se anudan en la historia de esos grupos no puede dejar de tener resonancias entre los investigadores actuales. A ello debemos sumarle el carácter ejemplar del texto: la fecundidad de una obra de largo aliento y consistente –como ha sido la de Pierre Bourdieu– se asienta en un modesto, pero muy pulcramente realizado, trabajo primerizo.